

**LAS PIEDRAS
EN TU CAMINO
TE LLEVAN
A TU DESTINO**

Libros de Warren W. Wiersbe publicados por Portavoz

Biblia de estudio: Vidas transformadas
(editor general)

Cuando la vida se derrumba

La estrategia de Satanás

Llamados a ser líderes de Dios

Llamados a ser siervos de Dios

Las piedras en tu camino te llevan a tu destino

LAS PIEDRAS EN TU CAMINO TE LLEVAN A TU DESTINO

WARREN W. WIERSBE



**EDITORIAL
PORTAVOZ**

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Bumps Are What You Climb On* © 1980, 2002 por Warren W. Wiersbe y publicado por Baker Books, una división de Baker Publishing Group, Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A. Todos los derechos reservados. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Las piedras en tu camino te llevan a tu destino* © 2017 por Editorial Portavoz, filial de Kregel, Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo
Diseño de portada: Dogo Creativo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5731-9 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6615-1 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-8771-2 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 26 25 24 23 22 21 20 19 18 17

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

En memoria de
Bill y Dottie Kam,
Bill Smith,
Ed y Helen Wiersbe,

y para que sea de estímulo a
Doris Smith,
C. D. y Charlotte Wiersbe,
y Bob Warren.

Contenido

Prefacio	9
1. Las piedras en tu camino te llevan a tu destino	11
2. Dios reina	16
3. Tres ideas importantes	20
4. Dios no te abandona	25
5. Cuidado constante	30
6. Dad gracias en todo	35
7. Cómo vencer la depresión	40
8. ¿Huir o cumplir?	45
9. Supera las decepciones	49
10. Bajo sus alas	55
11. Miel de la peña	60
12. Cómo seguir avanzando	65
13. En el horno del sufrimiento	70
14. Después de la victoria	75
15. El mapa	80
16. Guía básica para orar	85
17. La fortaleza para continuar	90
18. La victoria sobre el temor	94
19. La lanzadera del tejedor	99

20. Ayuda, esperanza y felicidad 104
21. El eterno Consolador 108
22. Pequeñas cosas, grandes lecciones 113
23. Prueba el perdón 118
24. Contempla las posibilidades 123
25. Tres tesoros 128
26. Pon gozo en tu vida 132
27. Los recursos divinos para los problemas de la vida 137
28. La verdadera riqueza 141
29. Dame este monte 146
30. El contentamiento... ¿dónde está? 151

Prefacio

“Sé amable, porque todo el mundo libra una batalla”.

Hace muchos años leí este consejo tan práctico en una obra de un piadoso predicador escocés, y me ha ayudado muchísimo en mi ministerio. La verdad es que he añadido algo más a este consejo: “Sé amable y *consolador*, porque todo el mundo libra una batalla”.

Hubo un hombre llamado José que empezó a reunirse con los creyentes de la iglesia de Jerusalén, y les resultó tan útil que le pusieron un sobrenombre, Bernabé, “Hijo de consolación” (Hch. 4:36). A mí el Señor nunca me ha cambiado el nombre, pero sí que he procurado tener un ministerio de consolación.

Mientras servía como pastor titular de la Moody Church en Chicago, uno de estos ministerios era el programa de radio *Canciones en la noche*, que se emitía desde el santuario de esa iglesia histórica. Con la ayuda del Señor, cada semana procuraba compartir algún pasaje estimulante de las Escrituras, y este libro contiene una selección de esas meditaciones radiofónicas. Aparte de unas pequeñas modificaciones, estos mensajes están igual que cuando los pronuncié.

Creo que en nuestro mundo actual hay un mayor grado de tensión y de desánimo que cuando se emitieron estas meditaciones, pero las promesas de la Palabra de Dios no han cambiado. “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por

Las piedras en tu camino te llevan a tu destino

los siglos” (He. 13:8). Nuestro mundo necesitado padece guerras, hambrunas, enfermedades, disturbios políticos y crisis económicas, y solo Jesucristo puede traer paz y confianza a los corazones preocupados. Confío en que estos mensajes te animen y te ayuden a animar a otros.

Warren W. Wiersbe

1

Las piedras en tu camino te llevan a tu destino

Un niño conducía a su hermana por un sendero de montaña, y el terreno no era nada fácil. “¡Pero es que esto no es ni siquiera un camino!”, se quejaba la niña. “Está lleno de piedras y de baches”. Y su hermano le contestó: “Claro, las piedras son las que te ayudan a subir”. Esta es una conclusión filosófica interesante. ¿Qué haces con las piedras que encuentras en el camino de la vida?

Hace muchos años que leo biografías, y aún no encuentro a una sola persona de éxito que no tuviera problemas y dificultades en su vida. Cuando miramos a esas personas desde cierta distancia, podemos pensar que su camino siempre fue recto, que la vida les resultaba fácil. Pero cuando nos acercamos un poco más, descubrimos que su ascenso a la cima del monte no fue sencillo. El camino estaba lleno de rocas y de baches, pero esas personas aprovecharon las piedras para seguir subiendo hacia la cumbre.

No hace falta que leamos mucho la Biblia para descubrir la verdad. Está claro que Abraham no se convirtió en un gran hombre de fe de la noche a la mañana. Antes de alcanzar la cima de la montaña, tuvo que pasar por algunas pruebas difíciles en el camino de la vida. En cuanto

Abraham llegó a Canaán, una hambruna se extendió por todo el territorio. ¡Imagínate lo que es padecer hambre en una tierra que Dios te había prometido! Luego Abraham tuvo problemas con su sobrino Lot; después llegó la guerra a aquella zona, y Abraham tuvo que acudir a la lucha. Su esposa le apartó del camino al darle un mal consejo, y el resultado fue el nacimiento de Ismael, un niño que entristeció el corazón de Abraham. Por fin nació Isaac, el hijo prometido, trayendo un gran gozo a Abraham y a Sara. Entonces Dios pidió a Abraham que pusiera a Isaac sobre el altar, un sacrificio que resultaría difícil para cualquier padre o madre. Sí, en aquel camino hubo muchas piedras, pero Abraham las aprovechó para seguir ascendiendo.

Si ha habido alguien que haya recorrido un sendero pedregoso, ese fue José. Su padre lo mimó, sus hermanos lo odiaban, lo vendieron como esclavo, fue acusado falsamente, arrojado a la cárcel, olvidado y, aparentemente, abandonado. Pero las piedras del camino le ayudaron a subir más alto, y un día José se convirtió en la segunda persona más poderosa de Egipto. Moisés tuvo una experiencia parecida, y también la tuvieron David, Daniel y Pablo. Eran personas que no se quejaron por el camino que recorrieron; aceptaron las dificultades de la vida y las usaron como escalones para llegar hasta lo alto de la montaña.

No sé cuáles son las dificultades por las que atraviesas en este momento, pero conozco algunos de los sentimientos que tienes, porque yo mismo he avanzado por senderos llenos de piedras. Uno tiene ganas de abandonar, de *tirar la toalla*; no comprendes por qué el camino no se vuelve más llano, por qué Dios no le quita las piedras y endereza el sendero. Pero si Dios hiciera eso, es posible que nunca llegarías a la cumbre, porque las piedras de tu camino te llevan a tu destino.

El Salmo 91 dice: “el que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente”. Este es un salmo

que da una importancia especial al cuidado que Dios tiene de sus hijos. En este salmo se mencionan once tipos de peligros distintos (guerra, trampas, enfermedad, terror durante la noche, flechas durante el día y otros), pero Dios dice que puede protegernos de todos ellos. Esto no quiere decir que nunca tendremos accidentes o lesiones; lo que significa es que, independientemente de lo que suceda porque Dios así lo quiere, todas las cosas cooperarán para beneficiarnos.

Una de las mayores promesas que encontramos en el Salmo 91 tiene que ver con las piedras del camino. “Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos. En las manos te llevarán, para que tu pie no tropiece en piedra”. Dios no promete apartar las piedras del camino, pero sí convertirlas en un medio para que sigas avanzando, impidiendo que sean obstáculos para ti. Nos promete que, por medio de las dificultades de la vida, Él nos ayudará a seguir ascendiendo.

La mayoría de nosotros reacciona de forma predecible a las piedras del camino. Nos quejamos de ellas; les damos patadas, y con ello solo conseguimos hacernos daño. Intentamos recogerlas y librarnos de ellas, pero descubrimos que pesan demasiado para nosotros. No siempre podemos rodearlas, y nos preguntamos si seremos capaces de escalarlas. Hay personas que se detienen y renuncian a seguir adelante. Otras se dan por vencidas y vuelven sobre sus pasos. Pero el hijo o la hija de Dios no tiene por qué detenerse ni retroceder; puede usar los lugares pedregosos de la vida como escalones que le permitan subir más alto.

El problema de la mayoría de nosotros es que estamos acostumbrados a las carreteras asfaltadas y a las aceras llanas. Pero la vida no es así. A veces el camino es llano y fácil, los pájaros cantan y nuestro progreso es maravilloso. Pero otras veces el camino es rocoso, lleno de baches, no escuchamos ninguna música ni sentimos una mano que nos ayude. Entonces, ¿qué hacemos? ¿Nos lamentamos?

¿Abandonamos? No, ese es el momento de recordar la promesa de Dios: “Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos”. El ejército invisible de Dios está a tu servicio, y Dios puede ayudarte a superar las dificultades.

Charlie Brown (“Carlitos”), de la serie cómica *Peanuts*, es uno de mis personajes favoritos. En una de esas tiras se queja porque su equipo pierde todos los partidos. Lucy intenta consolarle diciéndole: “Recuerda, Charlie Brown, que aprendes más de tus derrotas que de tus victorias”. Y Charlie Brown responde: “¡Pues eso me convierte en el chico más listo del mundo!”.

Si la vida no fuera otra cosa que una serie de derrotas, todos nos desanimaríamos. Dios sabe cómo equilibrar nuestras vidas de tal manera que tengamos sol y lluvia, calma y tormenta, risas y lágrimas. En el camino de la vida hay lugares llanos que nos deleitan y hay lugares complicados que nos desafían. Si nos salimos del camino de la voluntad de Dios y tomamos un desvío, el camino será duro de principio a fin. El desvío siempre es más difícil que el camino principal. Pero incluso en los caminos que ha elegido Dios hay rocas y baches, y tenemos que aprender a aceptarlos y a beneficiarnos de ellos. Las piedras en el camino te llevan a tu destino.

Sin embargo, esto requiere fe. Es mucho más fácil darle una patada a la roca, darse la vuelta y retroceder. El secreto para seguir subiendo consiste en dejar de mirarte a ti mismo y a tus dificultades y, por fe, mirar a Jesucristo. Él sabe en qué punto te encuentras, cómo te sientes y qué puedes hacer. Ponlo todo en sus manos y empieza a caminar por fe. Las propias rocas que bajo la mirada humana parecen barreras, a los ojos de la fe se convierten en bendiciones. Escucha las promesas del Salmo 91:15: “Me invocará, y yo le responderé; con él estaré yo en la angustia; lo libraré y le glorificaré”.

Si en este mundo alguien se ha enfrentado a obstáculos en el camino de la vida fue nuestro Señor Jesucristo. Nació en una familia pobre, como miembro de una raza minoritaria y rechazada. Creció en el anonimato de una aldea cuyo nombre solo se mencionaba en son de burla (“¿De Nazaret puede salir algo bueno?”). Reunió a su alrededor a un grupo reducido de hombres comunes y corrientes, y uno de ellos le traicionó y le vendió por el precio de un esclavo. Le llamaron mentiroso, glotón, borracho y aliado del diablo. Los hombres tergiversaron sus palabras y cuestionaron sus motivos, pero aun así Jesucristo siguió haciendo la voluntad de Dios. Al final llegó a la piedra más grande de todas: ser crucificado como un vulgar ladrón. Pero Él siguió escalando ese monte, y Dios le concedió la victoria.

Por eso, el escritor del libro de Hebreos nos exhorta a que miremos a Jesucristo y sigamos confiando. “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (He. 12:2). No tenemos que fijarnos en nosotros mismos, en nuestras circunstancias, nuestros problemas o las piedras del camino, sino en Jesús.

¡Sí, las piedras en el camino te llevan a tu destino!

2

Dios reina

¡Dios está en el trono! El apóstol Juan transmite energicamente este mensaje de ánimo en Apocalipsis 19:6: “¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!”.

A veces parece que el trono del universo está vacío. Vemos la violencia y el crimen, pero no siempre vemos la justicia que se supone viene después. Vemos cómo las mentiras prosperan mientras la verdad se desvanece, y nos parece que el mal controla el mundo que hizo Dios. Hay veces que nos preguntamos si realmente vale la pena confiar en Cristo e intentar obedecerle.

El apóstol Juan vivió en un mundo no demasiado distinto del nuestro. Por supuesto, cuando escribió el libro de Apocalipsis, no estaba sentado en un cómodo estudio bíblico ni en una biblioteca universitaria, rodeado de libros y de alumnos que le admiraban. No, cuando Juan escribió Apocalipsis era un prisionero de Roma, exiliado en la isla de Patmos, rodeado por las aguas del mar Egeo y separado de las personas a las que amaba. Imagina, si quieres, a ese anciano que había servido fielmente a Cristo, y que ahora estaba solo en el exilio, padeciendo por su fe. Sin embargo, cuando escribe un libro, no habla de sí mismo ni de sus sufrimientos, sino de Jesucristo y de sus triunfos. No

escribe: “¡Ay de mí, que César está en el trono!”. ¡Ese no es el lenguaje de la fe! ¡No! Juan escribe: “¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!”.

Puede parecer que el trono del universo está vacío, pero no es así. Dios sigue sentado en su trono. Y es el *Señor* Dios. Cada año, todos los ciudadanos romanos tenían que presentarse ante un altar dedicado a César, arrojar en el mismo una pizca de incienso y decir: “César es el Señor”. Juan no lo hizo. Se puso en pie y exclamó osadamente: “¡Jesucristo es el Señor!”. Por lo tanto, lo arrestaron y lo mandaron al exilio. Pero Juan no se consideraba un prisionero de César, ¡sino de Jesucristo! Y no padecía, ¡sino que compartía la *gloria* de Cristo! Por muy oscuro que estuviera el día, por muy pesada que fuese la carga, Juan pudo mirar a lo alto y decir: “¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!”.

Dios reina hoy. No ha abandonado su trono ni ha entregado el universo en manos del enemigo. Es cierto que muchas de las cosas que suceden en el mundo son contrarias a su voluntad; pero Dios predomina incluso donde no gobierna, y sus propósitos siempre se cumplirán. Después de todo, es el Señor, el Señor Dios omnipotente, todopoderoso.

Podemos confiar nuestras vidas y a nuestros seres queridos en las manos de esta clase de Dios. Cuando te sientas desanimado, preocupado o asustado, simplemente recuerda que “el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina”. Este es el secreto de la paz y del gozo en medio de un mundo atribulado. Así es cómo el profeta Isaías encontró fortaleza cuando su mundo se vino abajo. La nación de Judá estaba gobernada por el piadoso rey Uzías, un hombre que hizo maravillas por su pueblo. Pero un día el rey Uzías murió, e Isaías pensó que todo había acabado. Nos habla de esto en el sexto capítulo de su profecía: “En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo”. ¡Menuda visión

debió ser esa! El trono en la tierra estaba vacío, pero en el cielo estaba ocupado. En la Tierra la gente hacía duelo, pero en el cielo los serafines alababan a Dios y decían: “¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria!”. Esta visión del trono de Dios transformó al joven Isaías; le convirtió en un hombre nuevo. En lugar de sentarse a llorar, Isaías se consagró a Dios, salió al mundo y comenzó a dar testimonio.

El apóstol Pablo tuvo una experiencia parecida, que se encuentra descrita en el capítulo 18 de Hechos. Pablo había acudido a la ciudad de Corinto a predicar y a fundar una iglesia, y el camino fue realmente arduo. Para empezar, Corinto era una ciudad muy malvada, y la oposición del enemigo era aplastante. De hecho, es posible que Pablo tuviera la tentación de dejarlo todo. Pero una noche Jesús vino ante Pablo y le dijo: “No temas... porque yo estoy contigo... porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad”. Pablo se quedó en Corinto un año y medio, y levantó una iglesia que daba testimonio. ¿Qué fue lo que hizo la diferencia? Pablo descubrió que Dios seguía sentado en el trono.

Y eso es lo que tú y yo tenemos que descubrir si queremos seguir adelante en este mundo tan difícil. No podemos depender de nuestra propia manera de hacer las cosas, porque somos débiles e ignorantes. Tampoco podemos depender demasiado del gobierno de otros, porque son tan débiles e ignorantes como nosotros. De lo único de lo que podemos depender es del gobierno y el reinado de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. Si Él está en el trono de nuestras vidas, podemos enfrentarnos al mañana con valor y con confianza.

Estuve charlando con una universitaria que estaba muy preocupada por ese problema tan antiguo que es el mal en el mundo. No podía entender por qué un Dios de amor y de poder permitía que tuvieran lugar esas atrocidades y maldades. Por supuesto, le recordé que la humanidad cosecha los resultados de la rebelión contra Dios. A Dios

no se le puede culpar por la maldad que hay en el mundo; esta es consecuencia del pecado. Además, Dios ha dado al ser humano el privilegio de poder elegir, y aun así las personas toman las decisiones equivocadas.

Sin embargo, el mayor problema no es la presencia del mal en este mundo, ¡sino la presencia del bien! Desde mi punto de vista, el hecho de que Dios no haya derramado su juicio sobre la humanidad ¡es un problema mayor que las maldades que vemos que unos hombres cometen contra otros! Dios está en su trono, y tiene la capacidad de juzgar a este mundo ahora mismo, pero contiene su ira. Este no es el día del juicio, sino el tiempo de salvación. “El Señor nuestro Dios Todopoderoso reina”, pero opta por reinar en gracia, no en ira.

El apóstol Pedro lo explica claramente en el tercer capítulo de su segunda epístola. “El Señor... es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”. Por favor, no pienses que por el hecho de que Dios no haya juzgado el pecado del mundo o el tuyo, no lo hará jamás. El día del juicio se acerca, pero ahora mismo Dios se muestra paciente con los pecadores, invitándoles, con su amor y con su gracia, a que confíen en Cristo y sean salvos. En cualquier momento, el tiempo de la gracia concluirá y comenzará el de la ira, y entonces será demasiado tarde. El trono de la gracia se convertirá en un trono de juicio y de justicia, y todos aquellos que nunca confiaron en Cristo se perderán para siempre.

¿Te has humillado ante el trono de Dios y has entregado tu vida a Cristo? Él murió en tu lugar en la cruz. Llevó tus pecados, y quiere perdonarte, salvarte del juicio y darte su vida eterna y abundante. ¿De verdad te alegras de que Cristo reine? ¿Reina sobre tu vida? Si está en el trono de tu corazón, podrás encarar el futuro con esperanza y decir: “¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!”.